

La pasión no quita conocimiento.

(O cómo escuchar el susurro de los caballos)

En el Fedro podemos leer el mito platónico del carro alado: el alma humana es un carro tirado por dos caballos, lo concupiscible y lo irascible, dirigidos con mano firme por el auriga de la razón. Cuando el alma se desboca, lo cual no es infrecuente, cae al mundo físico para encarnarse en un cuerpo vivo. Desde entonces hasta su regreso al mundo de las Ideas, sufrirá de reminiscencias, pues cuanto vio en tan etéreo lugar se le presentará como recuerdos fragmentarios de un nivel superior, deseable y siempre anhelado.

Las pasiones no pueden ser experimentadas a solas por el alma. Para que haya pasión, ha de haber cuerpo. Así, y esto nos enseñan los autores clásicos, la pasión es un afecto que se vive a medias, entre cuerpo y alma. Tomás de Aquino afirmaba que lo incorpóreo no puede padecer, que quien padece es el cuerpo. Luis Vives dice en su Tratado del Alma que Dios infundió en el hombre las pasiones como acicate para el alma. Aristóteles afirma que las tres pasiones, deseo, ira y miedo, hacen sufrir al alma en virtud de que habita un cuerpo.

Se mire por donde se mire, es obvio que las pasiones resultan de la intrincación de cuerpo y alma. Lo cual me produce una resonancia inmediata: el concepto freudiano de límite entre el cuerpo y la psique. La pulsión.

Pues de lo pasional a lo pulsional median dos letras. Algo a lo que sin duda Freud no fue ajeno. Hasta él, la Filosofía y la Psicología debatían el asunto de las pasiones como un eterno conflicto entre el cuerpo y el alma, en el que los apetitos animales del primero debían ser frenados por la templada razón de la segunda. Hasta Freud, lo inconsciente no era sino lo involuntario, lo ajeno al pensamiento, lo puramente animal. Pero Freud causó al ser humano la tercera herida narcisista: existe una voluntad más allá de la razón, voluntad que, además, se fundamenta en un saber.

Hoy en día a Freud sigue sin perdonársele tamaño atrevimiento. Pues

admitir que tras aquello que nos hace padecer existe una voluntad, implica reconocer la responsabilidad inherente del sujeto que padece. Padecer, dice el diccionario, es sufrir, soportar daño, recibir ese daño. Se padece un resfriado, se padece una tortícolis. Se padece una hernia de hiato. Pero según el DSM IV y la industria farmacéutica, también se padece una depresión, un trastorno obsesivo-compulsivo, o una esquizofrenia. El depresivo, el obsesivo y el esquizofrénico son así simples víctimas de sus circunstancias, ya sea en forma de gen perturbado o déficit de dopamina o acetilcolina. Quien padece es, sencillamente, inocente.

No obstante, la sabiduría popular niega ese extremo. Un viejo refrán afirma que la pasión no es sin conocimiento. La pasión no es un mero apetito del cuerpo o de la parte concupiscible del alma que deba ser refrenado por la razón. Argumentar, que la pasión ciega, que arrebatada o aliena de modo que uno queda eximido de toda responsabilidad es, simplemente, mentira. Una excusa ideal para eludir la cuestión del saber que, en lo inconsciente, anima nuestros actos.

Es corriente escuchar, tanto en la clínica como en la calle, las palabras *No lo pude evitar. Fue superior a mí*. Cuando alguien las pronuncia está excusándose, *admintiendo* que su voluntad fue incapaz de evitar el acto pasional y que, si bien así elude la responsabilidad, no lo hace sin quedar a merced del superyó y del goce que de él se deriva. Posiblemente uno de los grandes atractivos de toda pasión sea ese sentimiento de inevitabilidad, de destino. De hado fatal. Una fuerza superior que se impone, anulando momentáneamente aquello que se sabe, aunque también se sabe que, sea como sea, se pagarán las consecuencias.

Los grandes dramas de la Literatura y el Teatro así lo cuentan. El amor, el odio y la ignorancia son los tres ingredientes fundamentales de cualquier tragedia de envidia. Amar sin medida, odiar sin medida e ignorar sin medida están en la base de todas. Porque, obviamente, la pasión no puede ser con medida. Ya se trate de la pasión por el fútbol, la pasión por el *origami* o la pasión por la *nouvelle cuisine*, lo esencial es que no haya medida ni moderación. Una pasión que se precie ha de desbordar los límites, ir más allá de lo que socialmente es pertinente. Traspasar el margen de la conveniencia. Es un excelente modo de ignorar el saber inconsciente. Cabe decir que en toda pasión se entrevera la pasión de la ignorancia: el ejercicio de una pasión implica desdeñar aquello que desde lo más hondo insiste en advertirnos.

¹ (reseño aquí el lapsus, pues quería escribir *admitiendo* y mi inconsciente se anticipó con el *admintiendo*)N.A.

Que sea tan fácil eludir lo que sabemos sin duda tiene que ver con el hecho de que la pasión de la ignorancia es estructural. Nuestro aparato psíquico está diseñado para ignorar ciertas cosas. Y hemos de ser cuidadosos con el verbo ignorar, porque no sólo significa desconocer, sino también *desconocer voluntariamente*. Hacer caso omiso, lo cual, por lo general, tiene amargo precio.

Suele ocurrir que el precio lo paguen otros. Ya sea en el amor o en el odio, es el otro quien por lo común sufre las consecuencias. Especialmente si se trata del odio, pasión que se supone que apunta hacia la destrucción del objeto.

La relación de una pasión con su correspondiente objeto no es simétrica de la relación de una pulsión con el suyo. Si en este caso el objeto es lo de menos, puesto que la pulsión consiste en la insistencia del circuito para mantener bien abierto el agujero, en una vuelta continua sobre un punto que puede ocupar cualquier objeto, en las pasiones la relación es de veras con el objeto. En el amor el objeto hace falta, ésa es la esencia del amor: hacer falta, causarla. Todo amor, supuestamente, tenderá a la conservación, mientras sea posible, de la situación por la que el objeto amado es causa de falta. Se dice en cambio que el odio pretende lo contrario: la aniquilación de su objeto. El que odia pretende una destrucción particular, muy razonada o completamente impulsiva, pero destrucción al fin y al cabo.

Tal vez en eso se basan aquellos que piensan que tras el odio está la pulsión de muerte. No puedo estar más en desacuerdo: el odio es más vinculante, más pegajoso, más atador que el mismo amor. Son las pulsiones de vida las que se insinúan tras el odio. Cicerón definió al odio como ira inveterada, y ese tipo de ira produce ataduras más resistentes que cualquier otro lazo social. Si el amor tiene fecha de caducidad, si el amor se acaba, el odio, como todo el mundo sabe, no.

Pues puede odiarse durante generaciones, secularmente. Puede odiarse aunque el objeto del odio haya desaparecido de la faz del mundo. Puede odiarse sin saber por qué se odia, o desde cuándo. Los odios raciales son una muestra de ello. Incluso cuando la injuria o el daño originales tiempo ha que fueron olvidados, el odio puede ser mantenido, fresco y activo, como si fuera de ayer mismo. El odio ata, vincula, conecta y sostiene más que el amor, la solidaridad, la caridad o la lástima, o todas a la vez. La fuerza de esa parte de las pulsiones de vida que se sostiene en la agresividad, rasgo propio de lo vivo, se manifiesta nítidamente en el odio. No hay odio moderado, no hay odio leve. El odio siempre es intenso. Vivo.

Y es muy anterior, en su génesis, al amor. Más primitivo. Melania Klein lo mostró sobradamente. La construcción del yo no es sin la necesaria rivalidad con la imagen especular. Rivalidad que, lo contó Freud, implica una ambivalencia de afectos que permite explicar la facilidad del paso del amor al odio e incluso viceversa. Los humanos se viven desdoblados en el eje imaginario, recorriendo la ida y vuelta narcisista, en la que tan pronto se ama como se detesta a esa parte de uno mismo que, según las circunstancias, vemos radicalmente fuera o profundamente dentro.

Aunque pudiera pensarse lo contrario, el odio no es el mejor modo de mantener en lo exterior al objeto odiado. El odio no separa. Una muy vieja costumbre de algunos pueblos primitivos así lo muestra: tras una batalla es habitual devorar al enemigo muerto. Su corazón particularmente. Una manera de introyectar sus cualidades además de su esencia. Ese objeto, así asimilado, adquiere una consistencia imposible ya de destruir.

Quizá ahí podemos discernir el origen del crimen pasional. El tipo de crimen que interesa a los grandes dramaturgos. La historia de Otelo, el drama de Carmen, la tragedia de Medea, el crimen de Pagliaccio... Qué mejor manera de mantener el lazo con el objeto amado que introyectándolo. Que matándolo. Asimilándolo y haciéndolo parte de uno mismo con más intensidad que con el amor. Quien odia sin duda es incapaz de renunciar a su objeto. Las tragedias por amor, como la Traviata de Verdi, se fundamentan en una completa renuncia del objeto de amor por el bien de éste. Las tragedias basadas en el odio muestran que el *odiador*, el *odiante*, y es curioso que estas dos palabras no existan en el diccionario, no pueden renunciar. No ceden. Su lazo con el objeto es tan intenso que, antes que permitir que el vínculo desaparezca, prefieren convertir, tal y como ocurre en el mito freudiano del Padre de la Horda, en un tótem. Un objeto sagrado de consistencia infinita e indestructible. Algo similar a lo que ciertas culturas han hecho con el objeto mujer: de tan sagradas y reverenciadas, devienen con la mayor facilidad en objeto odiable, *apedreable* y susceptible de toda sevicia.

Sexo y muerte dijo Freud que eran los grandes motivadores de la existencia humana. Dándose la mano en una danza macabra, e intrincando apretadamente en las vueltas de la pulsión de vida amor y odio, pero de un modo particular: ignorando qué en realidad se juega ahí. Pues la otra pasión, la de la ignorancia, se impone cuando se actúan las otras dos para dejar al sujeto en un oasis de inocencia: *Señoría, es que no pude evitarlo. Fue más fuerte que yo*. Más fuerte que el yo, sin duda, nadie

lo niega. El yo, pobre yo, lugar de contradicciones, de desconocimiento, no puede sino plegarse a los mandatos internos, contemporizando como puede. Bajo ese yo escindido entre odio y amor, entre bien y mal, entre pasión y razón, hallamos siempre la voluntad inquebrantable de un deseo particular, escrito en la lengua de lo inconsciente. Ahí el sujeto y el Otro bailan su minué, su tango o su lambada, tanto da, al son de una música siempre primitiva, familiar. Siniestra.

-Fulanito mató a fulanita -dice una vecina.

-Ay, hija, y parecía que se querían -responde otra.

-Sí, pero ella ya no, y él no la dejó irse.

-Pues él dice que los celos le cegaron, que no lo pudo evitar. Que la amaba con locura.

-Ya, ya, claro, hija. Pero la pasión no quita conocimiento...

No. Pasión no quita conocimiento. Quien actúa movido por la pasión sabe qué se juega. Que ignore lo que se juega es otra historia. Y es que, en lo humano, lo habitual es que los caballos se desboquen, dando con el auriga de la razón en pleno suelo. Platón, Aristóteles y todos sus epígonos intentaron cernir los límites de la pasión, la manera de controlarlas atendiendo al bien moral, al bien social en suma. Eso es necesario, no cabe duda. Pero comprender qué hay tras un acto pasional precisa de otro punto de vista: el de Freud, un punto de vista ético. Pues no es el bien moral lo que preocupa al sujeto, sino lo que concierne a su deseo. Y una pasión, toda pasión, esconde algo relativo al deseo. Un deseo que no consiste en porfiar tras un objeto, sino que insiste en dejar intacta la huella del objeto.

Las pulsiones de vida no actúan solas, sino en apretado lazo con la de muerte. Las primeras dan voz a la segunda, quien, como dijo Freud, es muda. No obstante, así se escribe la historia humana. Sexo, vida y muerte. Amor, odio, ignorancia. Miedo, ira, deseo... Sin las pasiones sería imposible vivir. Con ellas sólo cabe convivir.

El alma encarnada, dice Platón, conoce veladamente aquello que antes contempló en el mundo de las Ideas, y por ese conocimiento sufre y anhela el regreso. Podríamos traducir ese conocimiento por el saber que toda pulsión conlleva, no por sí misma, sino por su condición de gramática de lo inconsciente. A la espera

del definitivo retorno al mundo de las Ideas, donde los caballos del alma podrán volver a trotar en libertad, lo recomendable sin duda sería saber sujetar las riendas ni muy laxamente ni con demasiada firmeza. Algo que conocen bien quienes montan a caballo, que no por ser los jinetes ignoran lo que el equino, el noble bruto, tiene que decir. Ignorar al caballo es necedad.

Podríamos decir que un análisis, entonces, consiste en aprender esa peculiar habilidad: saber escuchar a los caballos del alma. Ellos también susurran.

Sabino Cabeza Abuín.

Zaragoza, a 10 de mayo de 2011.